

ocupación organizaron las zonas sobre líneas militares, imponiendo órdenes detalladas y rígidas, junto con rigurosos controles para contener las presiones inflacionistas. El resultado fue que la economía estaba casi paralizada.

Desde mediados de 1947 esta actitud de linea dura fue gradualmente modificada. Las potencias aliadas cayeron por fin en la cuenta de que una Europa próspera dependería en parte de la reconstrucción de la economía alemana. Además, la creciente fricción entre el Este y el Oeste añadió mayor urgencia a la necesidad de fortalecer a Alemania para proporcionar un baluarte contra la Unión Soviética. De acuerdo con ello, la política de represión fue completamente abandonada en favor de medidas constructivas. Éstas comprendían la inclusión de Alemania en el P.R.E., una fuerte reducción en el calendario de desmantelamiento, reforma monetaria y supresión de controles, medidas de reconstrucción más positivas a cargo de las fuerzas de ocupación e intentos de fusionar las zonas occidentales en una. Los últimos esfuerzos culminaron en la formación de la República Federal Alemana en septiembre de 1949, después de lo cual los aliados cedieron una parte sustancial de su poder en Alemania.

Con mucho, la tarea más urgente era la de la reforma monetaria. La guerra había dejado el sistema financiero de Alemania en el caos, con una enorme sobrereferencia de dinero en relación con la disponibilidad de mercancías, lo que significaba fuertes presiones inflacionistas. Éstas fueron suprimidas por completo durante un tiempo, mediante los sistemas de racionamiento y control de precios de las autoridades de ocupación, pero a costa de estrangular la actividad económica. Además, se desarrolló un sector de mercado negro significativo, en el que los precios en promedio eran unas cincuenta veces mayores que los precios legales. La conveniencia de reformar la moneda no se discutía, pero su instrumentación fue retrasada por un gran número de diferentes planes propuestos. Y también por factores políticos. El Acuerdo de Potsdam de 1945 había especificado que Alemania tenía que ser tratada como una unidad en materias económicas, incluyendo la reforma monetaria. Sin embargo, el desacuerdo entre las propias potencias aliadas hizo poco para promover este objetivo en los primeros años, mientras que el desacuerdo entre el Este y el Oeste sobre las reparaciones y el control de la industria alemana retrasó la reforma monetaria. La intransigencia rusa en este tema al final condujo a que se emprendiesen reformas monetarias separadas en los dos sectores, acción que sólo sirvió para reforzar la división del país en dos partes. La escisión implicó algunas pérdidas a corto plazo para Alemania occidental, por ejemplo importaciones de alimentos del este, pero no tuvo un impacto serio o duradero sobre la economía de Alemania occidental.

Cuando la reforma monetaria se promulgó finalmente en el verano de 1948, se mostró extremadamente rígida e injusta. Redujo la oferta monetaria de 122.400 millones de *Reichsmarks* presentados para su conversión a diez mil quinientos millones de nuevos *Deutschmarks*, aunque se incrementaron a 13.200 millones al terminar el año. Esto penalizó fuertemente al público con activos líquidos, pero mejoró en gran medida la situación de los poseedores de activos no monetarios. Sin embargo, ello aumentó notablemente los incentivos para los negocios y con la subsiguiente supresión de controles quedó el camino abierto para un aumento importante de los beneficios. Así, después de dos o tres años de estancamiento industrial, el producto se disparó hacia arriba en la segunda mitad de 1948 y a partir de entonces la recuperación de Alemania continuó libremente. Fue apoyada por un gran flujo de ayuda exterior, que proporcionó divisas y fondos de inversión, un fuerte renacimiento de las exportaciones y una oferta de trabajo flexible junto con políticas diseñadas para estimular la inversión y los beneficios, contener los salarios y asegurar la estabilidad monetaria. Sin embargo, no fue hasta 1951 cuando la producción industrial superó el nivel de preguerra, mientras que la agricultura y los servicios se retrasaban. La renta neta per cápita se mantuvo todavía un poco por debajo del nivel de preguerra, a causa del gran flujo de población desde el Este. Sin embargo, la economía se encontraba en un estado mucho más saludable que unos pocos años antes.

Alemania oriental lo pasó peor bajo el dominio soviético, aunque incluso aquí hubo una notable recuperación después de 1948. Berlín, sin embargo, era otra cosa. La ciudad fue muy dañada por la guerra, con el resultado de que sus actividades económicas y financieras fueron gravemente perjudicadas. Pero lo peor todavía estaba por venir. Un desmantelamiento parcial de la industria poco después de la guerra, seguido de una reducción de la ayuda exterior y del bloqueo ruso, dejaron a Berlín casi postrada. La producción industrial, ya a un nivel muy bajo en 1946 y 1947, descendió aún más, por debajo del 20 por 100 del nivel de preguerra en 1949. Aunque a renglón seguido se suavizaron las condiciones con la renovación de la ayuda, todavía a mediados de la década de los cincuenta la ciudad se encontraba a notable distancia de los antiguos niveles de actividad económica.

5. LA TRANSFORMACIÓN SOCIALISTA EN EUROPA ORIENTAL.

La recuperación en Europa oriental fue al principio más lenta que en el Oeste, aunque más tarde el Este recuperó parte del terreno perdido. El desastre inicial no era sorprendente, habida cuenta del hecho de que Europa oriental había sido devastada más gravemente que la occidental. Las ganancias temporales conseguidas gracias a la máquina de guerra alemana, tuvieron en una última instancia un alto coste para la región. La magnitud de las pérdidas y la

destrucción fue probablemente mayor que durante la Primera Guerra Mundial. Millones de personas habían sido asesinadas, muertas, torturadas, heridas, desplazadas o simplemente habían desaparecido. Se produjo una gran destrucción de propiedades y equipo, el expolio intenso de las tierras agrícolas y la desorganización total de los sistemas de transporte y financiero, y de las redes de distribución. Cuando cesaron las hostilidades, la producción industrial en la mayoría de los países, aparte de la Unión Soviética, era la mitad o menos que antes de la guerra, mientras que el producto agrícola se encontraba extremadamente deprimido. De hecho la vida económica normal casi se había paralizado en muchas áreas y muchas personas estaban al borde de la inanición.

Los dos países más afectados fueron Yugoslavia y Polonia. En el primero, el amargo enfrentamiento entre partisans y grupos étnicos provocó pérdidas masivas de bienes y vidas. Cerca de una décima parte de la población pereció, casi la mitad del equipo de transporte, incluyendo carreteras, fue destruido, una proporción similar del ganado, una quinta parte de las viviendas y un tercio o más de la capacidad industrial, incluyendo el 70 por 100 de las instalaciones de fabricación de hierro. Yugoslavia sufrió una de las peores caídas de Europa en el nivel de vida y, al finalizar la guerra, una gran parte de la población se hallaba al borde de la inanición. A Polonia no le fue mucho mejor. La amarga resistencia se cobró su precio en la población: seis millones, la mitad de ellos judíos, perecieron. De nuevo, hubo grandes daños en propiedades y capital: un tercio de la vivienda, las dos terceras partes de la industria local, un tercio de las vías férreas y el 80 por 100 del material rodante fueron destruidos. En agricultura, alrededor del 60 por 100 del ganado, el 25 de los bosques y el 15 de los edificios agrícolas se perdieron o fueron destruidos. El daño a los recursos de la tierra por el abandono gratuito de desechos de los ejércitos de ocupación y las posteriores fuerzas de liberación, y por la falta de fertilizantes y la negligencia general en su mantenimiento supuso que gran parte de la tierra se volviese infértil por un tiempo.

Las pérdidas sufridas por Hungría también fueron considerables, a pesar de que posiblemente le fue un poco mejor que a Yugoslavia o Polonia. Más de la mitad de su capacidad industrial y las dos terceras partes de los equipos de transporte fueron destruidos o inutilizados, el ganado se redujo casi a la mitad y una quinta parte de las viviendas destruidas. La destrucción y los daños bélicos fueron también graves en todo el este de Europa, pero por lo general menos extensivos. Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia lograron escapar de lo peor de los choques directos, por lo que salieron de la guerra con sus estructuras productivas en mejor forma. Sus pérdidas de capital fueron menos extensas que en los otros tres países citados y sus niveles de producción fueron también menos seriamente afectados. Por lo tanto, la renta y la producción

de Yugoslavia y Polonia se redujeron en un 50 por 100 o más entre 1938 y 1944-1945 y el 40 por 100 en Hungría, pero en Checoslovaquia, la caída fue sólo alrededor de una cuarta parte.

La reducción global de la actividad productiva fue mayor en algunos casos y la desorganización total de los sistemas de transporte y financiero, y de las redes de distribución. Cuando cesaron las hostilidades, la producción industrial en la mayoría de los países, aparte de la Unión Soviética, era la mitad o menos que antes de la guerra, mientras que el producto agrícola se encontraba extremadamente deprimido. De hecho la vida económica normal casi se había paralizado en muchas áreas y muchas personas estaban al borde de la inanición.

Los dos países más afectados fueron Yugoslavia y Polonia. En el primero, el amargo enfrentamiento entre partisans y grupos étnicos provocó pérdidas masivas de bienes y vidas. Cerca de una décima parte de la población pereció, casi la mitad del equipo de transporte, incluyendo carreteras, fue destruido, una proporción similar del ganado, una quinta parte de las viviendas y un tercio o más de la capacidad industrial, incluyendo el 70 por 100 de las instalaciones de fabricación de hierro. Yugoslavia sufrió una de las peores caídas de Europa en el nivel de vida y, al finalizar la guerra, una gran parte de la población se hallaba al borde de la inanición. A Polonia no le fue mucho mejor. La amarga resistencia se cobró su precio en la población: seis millones, la mitad de ellos judíos, perecieron. De nuevo, hubo grandes daños en propiedades y capital: un tercio de la vivienda, las dos terceras partes de la industria local, un tercio de las vías férreas y el 80 por 100 del material rodante fueron destruidos. En agricultura, alrededor del 60 por 100 del ganado, el 25 de los bosques y el 15 de los edificios agrícolas se perdieron o fueron destruidos. El daño a los recursos de la tierra por el abandono gratuito de desechos de los ejércitos de ocupación y las posteriores fuerzas de liberación, y por la falta de fertilizantes y la negligencia general en su mantenimiento supuso que gran parte de la tierra se volviese infértil por un tiempo.

Las pérdidas sufridas por Hungría también fueron considerables, a pesar de que posiblemente le fue un poco mejor que a Yugoslavia o Polonia. Más de la mitad de su capacidad industrial y las dos terceras partes de los equipos de transporte fueron destruidos o inutilizados, el ganado se redujo casi a la mitad y una quinta parte de las viviendas destruidas. La destrucción y los daños bélicos fueron también graves en todo el este de Europa, pero por lo general menos extensivos. Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia lograron escapar de lo peor de los choques directos, por lo que salieron de la guerra con sus estructuras productivas en mejor forma. Sus pérdidas de capital fueron menos extensas que en los otros tres países citados y sus niveles de producción fueron también menos seriamente afectados. Por lo tanto, la renta y la producción

tica proporcionó poca ayuda y ciertamente exigió reparaciones a Alemania oriental y a los antiguos aliados Hungría y Rumanía (véase más adelante).

En medio de las muchas dificultades que afrontaban estos países, también tuvieron que lidiar con la transformación radical de sus régimes poco después de la guerra. Aunque a finales de 1945 la Unión Soviética se había convertido en la influencia dominante en Europa oriental, sólo Yugoslavia había sucumbido al estímulo socialista, estableciendo en noviembre de 1945 la República Federal Socialista de Yugoslavia. Aquí, el trabajo de Tito y la causa partisana fueron fundamentales para crear las nuevas instituciones políticas y movilizar a los dispares elementos étnicos tras la pancarta del nacionalismo. En otras partes de Europa oriental, los gobiernos provisionales de coalición, con los comunistas como uno de los componentes, no constituyeron la regla general durante la posguerra.

Sin embargo, en el lapso de unos tres años, todos los países de la región habían completado su transformación en régimes socialistas, adoptando el modelo soviético como punto de referencia. Esta repentina transformación no deja de resultar desconcertante, pues la mayoría de las poblaciones de estos países no tenían sólidas inclinaciones comunistas. Por ejemplo, en Polonia apenas el 5 por 100 de la población se hallaba comprometida con la causa comunista, y lo mismo puede decirse del resto. Es tentador, por supuesto, considerar el papel de la Unión Soviética como la fuerza motriz detrás de la transformación de los régimes, a la vista de su poderosa influencia en la región, incluso antes de la guerra, cuando infiltró agentes para difundir el evangelio comunista. No obstante, aunque el apoyo comunista le permitió ganar algo de terreno, estaba lejos de ser una fuerza dominante en ese momento.

El enigma puede quizá explicarse mejor en términos de lo que Rothschild (1989) ve como el elemento de continuidad entre la conquista y el control aleman y el cambio de régimen comunista, que proporcionó una ruptura con lo que había antes. La Gran Depresión y la segunda guerra mundial habían debilitado seriamente el poder de la vieja guardia política en un momento en que existía una demanda creciente de cambio entre la población. Los comunistas explotaron estas oportunidades al máximo y, en muchos aspectos, sus métodos para obtener dicho control guardaban una sorprendente semejanza con los de los nacionalsocialistas en Alemania. Dentro de las grandes coaliciones multipartidistas de los primeros años de posguerra, los comunistas, con la asistencia de la Unión Soviética, fueron capaces de subvertir los normales procesos políticos y emerger como la fuerza dominante gracias a prácticas electorales fraudulentas y tácticas terroristas. Los elementos no comunistas fueron expulsados sin pestanear del escenario mediante diversas malas prácticas, tales como palizas, encarcelamientos y amenazas de muerte. A medida que aumentaba el terror, muchas de las víctimas o capitularon o huyeron al extranjero,

dejando que los comunistas asumieran el control. A finales de 1948, las administraciones comunistas tenían el control absoluto de todos los países, con unos gobernantes leales al poder de la Unión Soviética. Una vez al mando, estos dictadores se dedicaron entonces a la prevención de cualquier vuelta atrás con campañas intensivas de rusificación, con la adopción del modelo soviético de único partido y control centralizado de toda la actividad política. Con el paso del tiempo, esto condujo al abuso de su posición y al sometimiento de las poblaciones a los caprichos de dictadores autoritarios.

Así, para todos los países de Europa oriental, la década de los cuarenta, tras un período de violentas agitaciones políticas y sociales, implicó un cambio total en el sistema de relaciones de propiedad y la emergencia del Estado como el principal agente de la actividad económica. En consecuencia, en los años de reconstrucción, todos los países se movieron rápidamente del capitalismo al socialismo. En la mayoría de los casos, este proceso ya fue iniciado por los gobiernos interinos de coalición, pero se aceleró y profundizó con los nuevos regímenes. La reforma agraria fue la primera cuestión de la agenda, seguida de la expropiación de la industria, las finanzas, la banca, el comercio y, finalmente, la distribución. En 1949, la mayoría de las principales ramas de la actividad económica pasaron a ser propiedad y ser gestionadas por el estado. El comercio exterior también se convirtió en un monopolio estatal y los países del bloque oriental fueron alentados por la Unión Soviética para colaborar juntos económicamente y omitir los contactos con los países occidentales. A principios de 1949, se creó el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME o COMECON) con el propósito de fomentar el estrechamiento de las relaciones económicas y un desarrollo más integrado entre los países miembros del campo socialista.

Sin embargo, el desarrollo respecto de la socialización de la agricultura fue más prolongado. La primera tarea principal fue la reforma agraria para satisfacer la fuerte demanda de los campesinos de una mayor igualdad en la propiedad de la tierra. Las reformas agrarias de entreguerras no habían resuelto totalmente el problema, porque seguían existiendo todavía muchos latifundios y muchos campesinos sin tierra. Así, Bulgaria aparte, donde el sistema de propiedad de la tierra era equitativo, se promulgaron amplias reformas agrarias en todos los países. En esta coyuntura, la tierra no fue nacionalizada sino redistribuida a los pequeños agricultores y a los campesinos sin tierra y, en el proceso, la propiedad de la tierra a gran escala fue eliminada. Pero no fue hasta la década de los cincuenta, con la decisión de colectivizar la agricultura en contra de las promesas previas en sentido contrario de los líderes comunistas, cuando la transición a una agricultura socialista nació finalmente.

En la práctica, las reformas agrícolas pudieron convertirse en un arma doble filo, pero la valoración es difícil ya que pronto fueron sobrepasadas por

el programa de colectivización. Sin duda, las reformas satisficieron a muchos campesinos, puesto que los pequeños agricultores y los campesinos sin tierra recibieron parcelas de tierra que les proporcionaban un medio de vida, aunque fuese pobre, y permitió borrar el concepto de hambre de tierra. Comercialmente era menos beneficioso, ya que se fragmentaban granjas comerciales de gran tamaño en parcelas pequeñas que no siempre podían ser cultivadas eficientemente. Como consecuencia de ello, la transición seguramente contribuyó a retrasar la recuperación de la producción agrícola cuando más se necesitaba. Tampoco la reforma agraria resolvió totalmente el problema de fondo de la sobrepopulación de la tierra, lo que a largo plazo podría ser aliviado solamente mediante la industrialización y el cambio estructural.

El pleno desarrollo de la planificación socialista requirió más tiempo para ponerla en práctica porque, hasta que la empresa privada fue totalmente eliminada de escena, era complicado introducir ejercicios de planificación rigurosos. Existía un apoyo bastante amplio para introducir algún tipo de planificación, debido a la falta de desarrollo de las economías y a la urgente necesidad de industrializarse. De hecho los gobiernos provisionales de coalición dieron pasos tentativos en dicha dirección, pues los planes de reconstrucción a corto plazo puestos en marcha poco después de la guerra centraron su atención en la gran industria y establecieron objetivos para los principales sectores de la economía. Hacia el final de la década, cuando la fase de reconstrucción iba a terminar y la política de nacionalización estaba casi completa, dirigieron su atención a la planificación más global y más a largo plazo del modelo soviético.

Yugoslavia, el primer país que estableció un estado socialista, fue también el primero en introducir la planificación a largo plazo, con la inauguración de un plan quinquenal en 1947. Sin embargo, Yugoslavia también adoptó una línea más independiente respecto de Moscú y, en consecuencia, fue expulsado en el verano de 1948 de la Oficina de Información Comunista (Kominform), creada a finales del año anterior para facilitar el control de Moscú sobre el comunismo internacional. Otros países siguieron su ejemplo, aunque sin apartarse de la línea soviética. En 1949, Bulgaria y Checoslovaquia pusieron en marcha sus planes quinquenales. Hungría hizo lo mismo en 1950, como hizo Polonia aunque con un sexenal, mientras que Rumanía cerraba la marcha con una plan quinquenal en 1951.

Los objetivos principales tras estas nuevas estrategias de planificación buscaban construir economías poderosas por medio de la planificación central y la dirección y control detallado de toda la actividad económica hasta la casi exclusión de la empresa privada y las fuerzas del mercado. Inevitablemente, por lo tanto, esto implicó la ofensiva final contra los remanentes del sector privado, especialmente en los comercios al por menor, así como el inicio de la

agricultura socializada. A principios de los años cincuenta, sólo quedaban algunos rastros del sector privado en la agricultura. El aspecto más importante del cambio de política fue la instrumentalización de planes elaborados centralmente, que establecían con detalle los objetivos que debían alcanzarse en los diferentes sectores de la economía. Se prescribieron normas para la productividad laboral, y se especificaron los ratios de conversión entre los recursos y el producto final. Los niveles salariales y las asignaciones materiales debían ajustarse a dichas normas. Los planes también ponían mucho énfasis en la necesidad de maximizar el crecimiento mediante un incremento de la inversión, dando prioridad a los bienes de equipo pesado y al equipamiento militar a expensas de los productos de consumo. En otras palabras, se primaba el crecimiento extensivo a toda costa por encima del desarrollo intensivo. Como veremos en capítulos posteriores, la estrategia de planificación funcionó por un tiempo, consiguiendo grandes tasas de crecimiento absolutas, pero a largo plazo el crecimiento extensivo demostró ser inefficiente y tecnológicamente subdesarrollado, y acabó siendo uno de los factores de la caída de los regímenes socialistas a finales de siglo.

Volviendo a la cuestión de la reconstrucción y la recuperación durante la posguerra, Europa oriental tuvo un arranque lento en comparación con la occidental, pero no es de extrañar, dados los enormes problemas que afrontaban estos países. Durante la última parte del período, consiguieron ponerse a la altura y el rendimiento general fue notable. En la inmediata posguerra, la situación parecía sin esperanza, pues muchas personas se hallaban al borde de la inanición. De hecho, si no hubiera sido por los primeros esfuerzos de ayuda de emergencia, sobre todo bajo la dirección de la UNRRA, la pérdida de vidas por la miseria absoluta hubiera sido grave. Las provisiones de auxilio de esta agencia fueron especialmente cruciales en los primeros años para los antiguos simpatizantes aliados (Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia). Gran parte de la ayuda llegó en forma de alimentos, ropa y suministros médicos, aunque también hubo alguna asistencia preliminar específicamente destinada al fomento de la rehabilitación agrícola e industrial. El principal beneficiario de suministros de la UNRRA durante los primeros dieciocho meses y hasta finales de 1946 fue Polonia, con un 10 por 100 del total de bienes y servicios del país provenientes de dicha fuente, con un pico en el segundo trimestre de 1946, de 16 por 100.

La asistencia a corto plazo representaba un bienvenido salvavidas para estos países, sobre todo porque la mayor parte de la ayuda vino de forma gratuita, aunque la experiencia occidental con el Plan Marshall demostró que aún se necesitaba más. La mayor parte de la ayuda de la UNRRA fue diseñada para satisfacer las necesidades más urgentes a corto plazo, y se concentró sobre todo en los años 1945 y 1946. Por otra parte, la asistencia se puso a

disposición únicamente de los antiguos aliados, excluyendo de forma automática a Bulgaria, Hungría y Rumanía. Lo mismo puede decirse de los créditos comerciales, la mayoría de los cuales se destinaron a Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia. Tampoco se produjo la posterior reconstrucción masiva vivida en Occidente, pues el estallido de la guerra fría impidió a Europa oriental participar en el Plan Marshall.

Tampoco fue sorprendente lo que hizo la Unión Soviética para ayudar a sus correligionarios socialistas. De hecho, más bien al contrario, en el caso de los antiguos países enemigos, les exigió reparaciones sustanciales y tan sólo Bulgaria logró escapar relativamente bien librada. Así, Europa oriental fue despojada de la mayor parte de sus activos productivos, que fueron remitidos a la Unión Soviética para ayudar a la reconstrucción de su devastada economía. Entre 1945 y 1946, las entregas en concepto de reparación de Hungría a la Unión Soviética ascendieron a no menos del 17 por 100 de su, ya deprimenta, renta nacional, e incluso en los años siguientes la proporción osciló entre el 7 y el 10 por 100. En el caso de Rumanía, la proporción de renta entregada ascendió al 14 o el 15 por 100 en 1947-1948; aproximadamente la mitad de las entregas consistieron en petróleo. Pero Alemania oriental probablemente se llevó la peor parte de la política de repatriaciones, además de tener que sufragar los gastos de las tropas soviéticas estacionadas en la República Democrática Alemana (RDA). Entre 1950-1951 se llegó al punto álgido, las exacciones soviéticas suponían más del 17 por 100 de la renta nacional de la RDA, y las imposiciones continuaron a un ritmo decreciente durante otros dos o tres años hasta que los disturbios de 1953 obligaron a la Unión Soviética a modificar su política.

En general, por tanto, Europa oriental fue tratada con mayor dureza que tras la primera guerra mundial. Hubo, además, otros factores que retardaron el progreso. Los cambios de fronteras y los movimientos de población plantearon nuevos problemas a Checoslovaquia, Polonia y Alemania oriental, sobre todo el desplazamiento de poblaciones de habla alemana hacia el oeste. Las presiones inflacionistas y los trastornos monetarios también fueron características comunes, especialmente en los antiguos países ocupados, y se necesitaron reformas fiscales y monetarias para lidiar con la situación. El peor caso fue el de Hungría y Rumanía, donde la espalda creciente de los precios asumió proporciones hiperinflacionistas (en el caso húngaro, un récord histórico), mientras que Polonia también experimentó un fuerte aumento de los precios en los primeros dos años después de la guerra. Sin embargo, en 1948, cuando fue reformada la moneda alemana oriental, la mayoría de los países habría recobrado el control de la situación. Por último, cabe destacar una vez más la dislocación inevitable causada por los cambios de régimen y la posterior transición del capitalismo al socialismo.

Al final, la fortaleza de la recuperación en Europa oriental fue notable. En 1949, el nivel general de la actividad había superado el previo a la guerra —excepto en Rumanía y Alemania oriental—, en gran parte debido al fuerte aumento de la producción industrial, priorizada en el proceso de planificación. Aparte de Alemania oriental, donde la política de la Unión Soviética había obstaculizado la recuperación, todos los países habían sobrepasado sus niveles de producción industrial de preguerra, en algunos casos como Bulgaria y Polonia por un amplio margen, mientras que dos años antes los niveles de producción eran todavía bastante bajos. Por otra parte, la agricultura se quedó arrastrada. En 1948-1949, la producción agrícola en los siete países fue sólo el 80 por 100 del nivel de preguerra de 1934-1938. En parte, fue debido a la baja prioridad otorgada al sector en los mecanismos de planificación y a su incierto estatus futuro como industria. De hecho, serían necesarios unos años más para que la agricultura se recuperase completamente de los estragos de la guerra.

La recuperación más lenta de la agricultura y del sector servicios de la economía moderaron las ganancias globales de la renta nacional, mientras los cambios per cápita variaron considerablemente de país a país debido a los diferentes movimientos de población. De este modo, en Alemania oriental y Rumania los niveles de renta per cápita eran todavía más bajos que antes de la guerra, debido a los movimientos de población y a los relativamente bajos ritmos de recuperación. Por contra, Polonia y Checoslovaquia registraron un aumento significativo de la renta per cápita debido a su sólida recuperación y a la pérdida de población. Sin embargo, el consumidor se vio poco beneficiado por la mejora. Aunque la distribución de los ingresos pudo ser más equitativa en los regímenes socialistas que en el pasado, el monto a consumir por la población se mantuvo deliberadamente bajo por las autoridades de planificación en aras de impulsar la tasa de inversión y por la prioridad concedida a los productores de bienes duraderos. El consumo también bajó por la lenta recuperación de la producción de alimentos, mientras que el consumo per cápita de bienes no alimenticios cayó por debajo de los niveles anteriores. Alemania del Este fue sin duda la más afectada. Los consumidores llevaron la peor parte de la política soviética de duras reparaciones, por lo que el consumo se mantuvo deprimido durante varios años. Incluso después de 1950, la proporción de renta destinada a consumo personal sólo era de alrededor del 50 por 100, en comparación con más del 60 por 100 de antes de la guerra. Además, la calidad y variedad de bienes de consumo que se ofrecían dejaban mucho que desear. A fin de cuentas, la recuperación de Europa oriental después de la guerra fue encorvada, a pesar del coste para el consumidor. Tras un comienzo lento, el rendimiento global le permitió compararse con Europa occidental. Dados los múltiples problemas a los que se enfrentaron estos países —la transición a los nuevos regímenes y la limitada asistencia de fuentes externas—, constituyó

ye un logro nada despreciable. Dice mucho del coraje y la determinación de su población y de los éxitos de los planificadores, el haber sacado adelante a estos países y haber situado sus economías sobre una base firme. Al empezar la nueva década, todos los países de la región habían institucionalizado los mecanismos de planificación y la transición del capitalismo al socialismo estaba casi completa, a excepción de la agricultura, mientras que en gran medida los vínculos con la economía internacional habían sido cortados. La planificación por parte del estado se había convertido en una nueva forma de vida para dichos países. Si el Nuevo Orden era capaz en los próximos años de cubrir las necesidades de la sociedad constituye otro asunto a discutir en capítulos posteriores.

La recuperación de la Unión Soviética fue aún más impresionante, dado el hecho de que el país había sufrido un daño enorme durante la guerra. Aparte de las grandes pérdidas industriales en las áreas ocupadas, se había producido un daño grave en el sector agrícola, incluyendo sustanciales pérdidas de ganado. Sin embargo, la industria mostró una mayor capacidad de adaptación y, como ya se ha hecho notar, la producción industrial soviética logró una notable recuperación después del punto mínimo de 1942, en buena medida como resultado de la creación de una nueva base industrial en el este. Así, al final de la guerra, el producto industrial en Rusia estaba mucho más cerca del nivel de preguerra que en cualquiera de los países orientales. El cuarto plan quinquenal (el tercero había comenzado a finales de los años treinta pero fue interrumpido por la guerra) había de cubrir el período de 1946 a 1950 y dio prioridad a la reconstrucción de las áreas devastadas y al desarrollo continuo de la industria pesada, especialmente en las regiones más nuevas no dañadas por la guerra. Los resultados fueron impresionantes en el sector industrial, aunque la agricultura no logró alcanzar sus objetivos. En 1950 la producción industrial era mucho más elevada que antes de la guerra, teniendo lugar la principal expansión en los bienes de producción. La agricultura, sin embargo, apenas consiguió alcanzar su antiguo nivel de producción del tiempo de paz. También se produjo un gran aumento de la renta nacional, pero el grueso de este aumento fue debido a la inversión y a la defensa, y muy poco fue a elevar los niveles de consumo, que permanecieron cerca o ligeramente por debajo de los de preguerra.

2. ¿Qué contribución hizo el Plan Marshall a la recuperación de la Europa de posguerra?
3. ¿Por qué Europa oriental se convirtió en un bloque socialista tras la guerra?
4. ¿Por qué se retrasó la recuperación en Alemania?
5. ¿Qué papel jugaron los factores políticos en la configuración de la Europa de posguerra?

PREQUITAS PARA DEBATIR

1. Compare y contraste los acuerdos de posguerra con los de después de la primera guerra mundial.